

el loco y retirase, y en lugar de un mas no sabe si la plaza ni el capo del cual
tiempo volvia con su usacion y con mas fuerza. El qual se llama esta
la el perro, y mirándole muy bien de lejos se vio que era un perro, y en
verse a la parte de la plaza, donde se veia un perro, y en el qual se
todos cuantos perros todavia quedaban en la plaza, y en el qual se
era podados, y así se vio el perro. Quiza de esta suerte se podan
reconocer a este historial, que no se averia a saber, mas la pieza
invento en libro, que en siendo hecha, con una copia de la pieza
le tambien que de la misma, que en siendo hecha, con una copia de la pieza
cia con el libro, no se me de un libro, que en siendo hecha, con una copia de la pieza
moso de la literatura, le respondo, que en siendo hecha, con una copia de la pieza
for, y el caso con tobor viza el caso, que en siendo hecha, con una copia de la pieza
libertad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fuerza, me
tiene en pie, y vengo la parte de la literatura, que en siendo hecha, con una copia de la pieza
anda de Sancho y Rojas, y asi se vio el perro. Quiza de esta suerte se podan
siempre se imaginan contra mi mas libros que nunca levan las cosas de
Mingo-Rodrigo. Estos dos principios, sin que los solicite alguna vez
ni una genero de aplauso, por solo su bondad, han tomado a su cargo el
hacerme saber, y favorecerme, en lo que me tenia por mas desdichado, y
mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su
cuncho. La honra puede tener el honor, pero no el vicio, la pobreza
puede ayudar a la nobleza, pero no escudarse del todo, pero como la vir-
tud de algunas se de se sigue sea por los inconvenientes y riesgos de
la estrechez viene a ser canchada de los dias y noches caprichos, y por el
consequente favorecida, y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas a ti
sino advertirte, que consideres que esta segunda parte de Don Quijote, que
te ofrezco, es cortada del mismo estilo, y del mismo modo que la prime-
ra, y que en esta se doy a Don Quijote dilata, y finalmente invento y se-
pulsado, por lo ninguno se atreve a levantarle nuevos testimonios, por
bestan los pasados, y hasta tambien que un hombre honrado haya dado no
licitas de las lecturas, sin que de nuevo cantase en ellas que la
fundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la
cortada, aun de las malas se estima en algo. Omitiendo de decirte
que espere el Pesebre, que ya estoy acabado, y la segunda parte de Ca-



DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SEGUNDA PARTE.—CAPÍTULO I.

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.



UENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovar y traerle a la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el cerebro, de donde procedia, segun buen discurso, toda su mala ventura: las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habian acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia, en su último capítulo: y así determinaron de visitarle y hacer esperiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acorda-

ron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras: y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra: haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante: y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos ecsaminadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en toda esperiencia, si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dijo, que se tenia por cierto, que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adonde habia de descargar tan gran nublado, y con este temor con que casi cada año nos toca alarma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Magestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quijote:—Su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo, que usara de una prevencion, de la cual su Magestad la hora de agora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero, que ya habia dado en el mesmo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote, cual era la advertencia de la prevencion que decia, era bien se hiciese, quizá podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que

se suelen dar á los príncipes.—El mio, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente, sino perteneciente.—No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la esperiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del Rey ó del reino.—Pues el mio, respondió Don Quijote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.—Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote, dijo el Cura.—No querria, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.—Por mí, dijo el Barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á Rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del Cura, que en el prefacio avisó al Rey del ladrón que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega.—No sé historias, dijo Don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero.—Cuando no lo fuera, dijo el Cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.—¿Y á vuesa merced quién le fia, señor Cura? dijo Don Quijote.—Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto.—Cuerpo de tal, dijo á esta sazón Don Quijote, ¿hay mas sino mandar su Magestad por público pregon, que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes, que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del turco? Estenme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfeñique? Si no díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianis, ó alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destes hoy viviera, y con el turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo: y Dios me entiende, y no digo mas.—¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser ca-

ballero andante.—A lo que dijo Don Quijote: Caballero andante he de morir, y baje ó suba el turco, cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazón dijo el Barbero:—Suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quijote y el Cura, y los demas le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender, que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el retor le dijo, que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la esperiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndose con el loco, habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer, que el loco estaba cuerdo: y entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dijese, que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponian dolo, y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el cape-

llan se determinó á llevarsele consigo á que el arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el licenciado: volvió á decir el retor, que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las preveniciones y advertimientos del retor, para que dejase de llevarle: obedeció el retor, viendo ser orden del arzobispo: pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan, que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos.—El capellan dijo, que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio, ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él, si en él confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos, y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces, quien era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió:—Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos que tan grande merced me han hecho.—Mirad lo que decis, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta.—Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para que tornar á andar estaciones.—¿Vos bueno? dijo el loco: agora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un

tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan, y asiéndole de las manos, le dijo: No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.—A lo que respondió el capellan: Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.—¿Pues este es el cuento, señor Barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde, no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe, que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linage á linage, son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el Dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo, donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al ri-

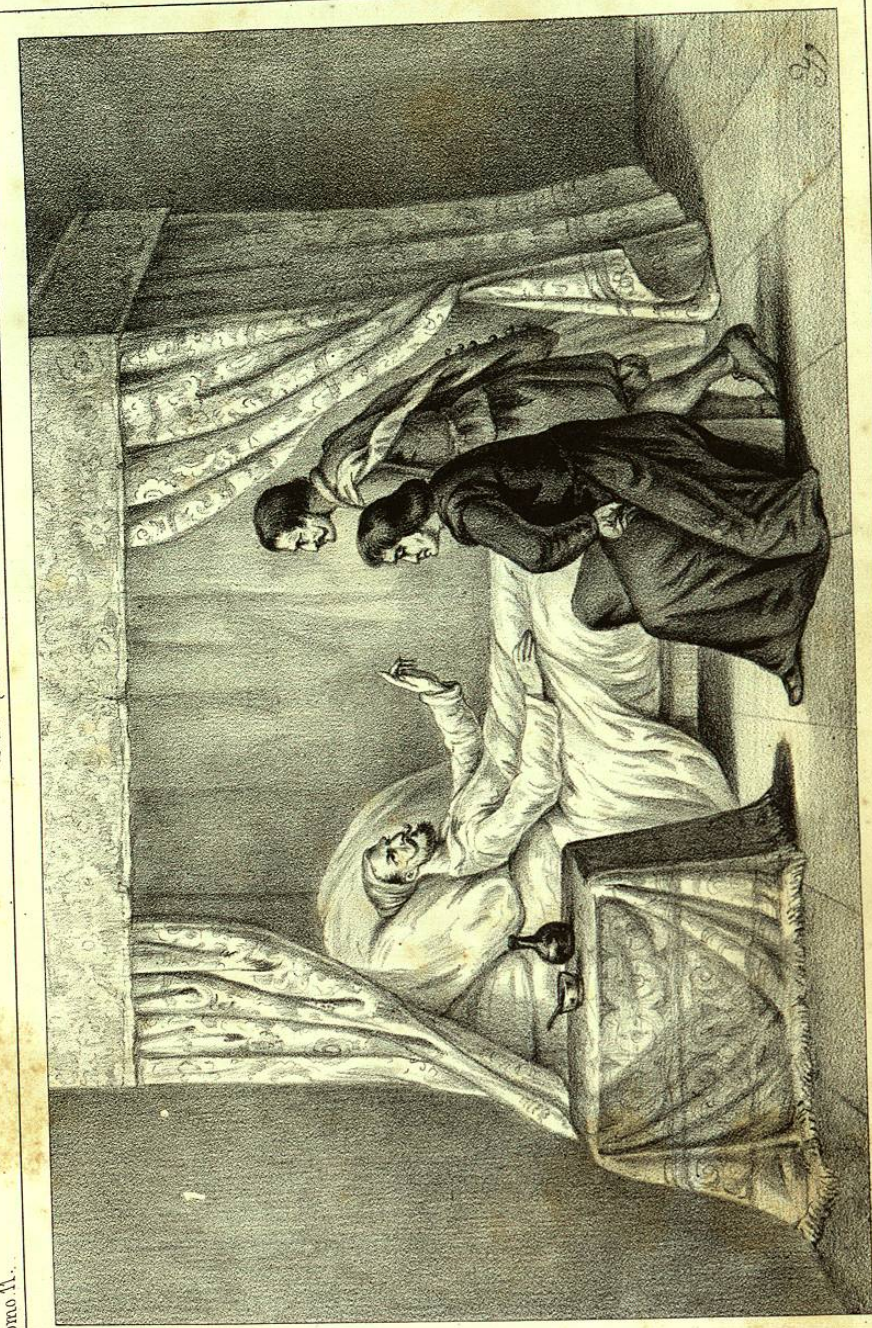
gor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo, y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro, y en los andantes caballeros. Si no díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Félix Marte de Ircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que Don Ceriongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quién mas invencible que Roldan? ¿y quién mas gallardo y mas cortes que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Magestad se hallara bien servido y ahorra- ra de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas: y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan della: y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor bacía que le entiendo.—En verdad, señor Don Quijote, dijo el Barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse.—Si puedo

sentirme, ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé.—A esto dijo el Cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.—Para otras cosas mas, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor Cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.—Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos.—Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tarde en airarse y presto en deponer la ira: y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y descubrir¹ todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo, de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofia sus facciones, sus colores y estaturas.—¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el Barbero, debía de ser el gigante Morgante?—En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel Filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigan-

¹ Describir, debería decir segun la intencion del autor, que en el cap. III de esta misma Parte II, dice: *A fe que no fué tan piadoso Enéas, como Virgilio le pinta; ni tan prudente Ulises, como le describe Homero.*

Cap. I.

DON QUIJOTE.



Tomo II.

tes sus dueños, y tan grandes como grandes torres: que la geometría saca esta verdad de duda; pero con todo esto no sabré decir con certidumbre, qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer, hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado, y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el Cura, el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reináldos de Montalvan y de Don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes.—De Reináldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida: de Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran en las historias) soy de parecer y me afirmo, que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estebado, moreno de rostro y barbitaheño¹, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.—Si no fué Roldan mas gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente, á quien ella se entregó: y anduvo discreta de adamar² antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan.—Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor Cura, fué una doncella destraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto. Por no atreverse, ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó, donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plettro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se

¹ Esto es, *barba rubia*, y si es *barbitaheño*, como quieren otros, de *barba áspera y erizada*.

² Voz usada en los romances viejos.

llaman Vates, que quiere decir adivinos. Veese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta Andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta Castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazón el Barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado?—Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trajo revuelto el mundo.—Milagro, dijo el Cura: y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

